

Discernir los espíritus

1 Corintios 12:10

André GIBERT

biblicom.org

Índice

1 - El tiempo del fin y la multiplicidad de espíritus malignos	3
2 - La expansión del Movimiento Carismático	3
3 - ¿Se necesitan experiencias sobrenaturales?	4
4 - Desvíos en todas las direcciones	4
5 - ¿Dejarse arrastrar?	5
6 - No creer a todo espíritu	5
7 - Necesidad y deber de discernimiento	6
8 - Ser hijos de Dios	6
9 - Estar lleno del Espíritu	7
10 - El Espíritu Santo glorifica a Jesús	7
11 - Criterios esenciales	8
12 - La conformidad con la Escritura	8

El capítulo 12 de la Primera Epístola a los Corintios enumera una serie de «dones de gracia», o carismas, distribuidos por el Espíritu de Dios para su «manifestación para el bien de todos» (v. 7-10). Entre ellos, «discernimiento de espíritus» serían de especial necesidad hoy en día.

1 - El tiempo del fin y la multiplicidad de espíritus malignos

Estamos llegando al final de esa «última hora» que el apóstol Juan declaró que ya había comenzado y que la caracterizaba por los muchos falsos profetas y «muchos anticristos» que salían por el mundo, falsificando, para contrarrestar, la obra del Espíritu Santo (1 Juan 2:18; 4:1). El tiempo de «nuestra confesión» (Hebr. 3:1; 4:14), el tiempo de la Iglesia (o Asamblea) cristiana, es efectivamente el tiempo de la presencia del Espíritu Santo que bajó el día de Pentecostés para habitar en la Asamblea mientras Jesús es glorificado en lo alto. Los espíritus malignos se multiplican en la víspera del arrebató de esta Asamblea, el misterio de iniquidad opera más activamente, esperando ser revelado plenamente, como lo será después del arrebató, pues «el que ahora lo retiene», el Espíritu Santo, «lo hará hasta que desaparezca» (2 Tes. 2:7). Los creyentes tienen que luchar más que nunca contra estos espíritus, cuya diversidad y sutileza nos ponen a una prueba temible. Operan por todos los lados. La debilidad de nuestra fe, nuestra falta de madurez espiritual y nuestra pereza para escuchar cuando hay tantas enseñanzas valiosas a nuestra disposición, se hacen sentir dolorosamente. Esto es así, entre otras cosas, a la hora de desenredar la verdad y el error en todo lo que rodea y desborda el actual “Movimiento Carismático”.

2 - La expansión del Movimiento Carismático

Este movimiento sumerge sus raíces en la corriente de “avivamientos” que se han sucedido desde el poderoso grito de «medianoche» de principios del siglo 19 (véase Mat. 25:6). A la innegable obra del Espíritu de Dios para convertir a las almas y reunir a los creyentes en torno a Cristo, llegaron a yuxtaponerse manifestaciones externas más o menos espectaculares, profecías, éxtasis, pero sobre todo curaciones y «hablar en lenguas», manifestaciones acogidas con entusiasmo por unos, miradas con escepticismo y recelo por otros. Se multiplicaron en el siglo 20, y se desarrolló

la enseñanza de que había una nueva efusión del Espíritu Santo, un nuevo Pentecostés. Asambleas pentecostales surgieron en América del Norte a principios del siglo 20, dándose el nombre de Asambleas de Dios; se extendieron a América Latina, a Gran Bretaña tras el avivamiento del país de Gales, y luego al continente europeo, y, bajo diversos nombres y formas, a todo el mundo. En los últimos 20 años, el movimiento ha ido más allá de estas asambleas y se ha extendido para penetrar en todas las categorías religiosas que se reclaman del cristianismo, sistemas, denominaciones, iglesias cerradas, iglesias de multitud, incluida la Iglesia romana con su “renovación carismática”. En todas partes presentan fenómenos sobrenaturales como operaciones del Espíritu de Dios.

3 - ¿Se necesitan experiencias sobrenaturales?

Reconozcamos –y bendigamos a Dios por ello– que las iglesias particulares fundadas sobre el principio no bíblico de un avivamiento pentecostal profesan un gran respeto por las Escrituras y su inspiración, y que cristianos sinceros y celosos predicán en ellas el Evangelio de la salvación en Jesucristo, la justificación por la fe, el retorno del Señor. Pero, al hacer hincapié en los carismas, convirtiéndolos en testimonios obligatorios de un “bautismo en el Espíritu Santo”, y exigiendo “experiencias”, como el hablar en lenguas, sin las cuales una persona no sería realmente cristiana, por un lado, contribuyen activamente a la desintegración del cristianismo y, por otro lado, proporcionan, a su pesar, una base para el deplorable desarrollo de las «sectas»[1].

[1] La palabra se utiliza aquí en el sentido general que se le ha dado a la palabra: grupo cerrado de carácter religioso, fuertemente organizado en torno a una persona, o según una doctrina particular, generalmente extraña.

4 - Desvíos en todas las direcciones

Alrededor de los movimientos carismáticos gravita un confuso grupo de sectas de origen reciente, aunque es injustificado confundirlos con ellos. La mayoría de ellos pretenden basarse en la Biblia, pero la retuercen de 1.000 maneras, mutilada, o mez-

clada con productos de la imaginación humana; las manifestaciones espirituales pasan a formas mezcladas de ocultismo, de espiritismo, y de ahí a prácticas deplorables que rivalizan en aberración; en cuanto a las desviaciones doctrinales, se desvían del evangelismo inicial hasta el punto de alcanzar a las fábulas de religiones no cristianas.

5 - ¿Dejarse arrastrar?

Los creyentes a los que la gracia misericordiosa de Dios sigue reuniendo sobre la base de la unidad del Cuerpo de Cristo, en separación del mal y en torno al Señor Jesús, en su mesa, ¿permitirán que la marea creciente haga sentir su influencia entre ellos, como se demuestra, por desgracia, en más de un lugar? Hacemos la pregunta con toda seriedad, esperando que el Señor los preserve de ella.

6 - No creer a todo espíritu

Que Dios nos guarde de negar el poder de su Espíritu para producir en cualquier época milagros y señales para hablar a los incrédulos o para animar a los creyentes. Tales signos acompañaban la predicación de la Palabra en los días de los apóstoles, expresamente para confirmarla ([Marcos 16:20](#); [Hebr. 2:4](#)). Ya no eran necesarios una vez que la Palabra había sido completada, fijada y difundida en forma escrita. No nos corresponde decir que Dios ya no obra milagrosamente en ninguna parte. No olvidemos que el Espíritu «reparte a cada uno en particular como él quiere» ([1 Cor. 12:11](#)). La exhortación a no apagar el Espíritu y a no despreciar las profecías permanece ([1 Tes. 5:19-20](#)). Pero Satanás siempre se ha esforzado por tener sus maravillas. La Biblia menciona, a lo largo de la historia del hombre, a magos, evocadores de espíritus, adivinos, etc., y no faltan en nuestros días, a la espera de las grandes manifestaciones de [Apocalipsis 13](#). El objetivo es siempre alejar a las almas de la verdad y hacerles creer la mentira. De ahí las advertencias: «Probad los espíritus»; «no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios» ([1 Juan 4:1](#)). La advertencia se aplica tanto a las falsas doctrinas como a los hechos por los que se pretende confirmarlos. Sin mencionar las numerosas supercherías, puede haber explicaciones bastante naturales para los fenómenos extraños presentados como carismas –resultados de estados nerviosos, excitaciones, sugerencias, exaltaciones

psíquicas pertenecientes a esa zona del subconsciente de la que se ocupa la psicoterapia. Pero es demasiado cierto que muchos de los acontecimientos en cuestión son el resultado de acciones diabólicas.

7 - Necesidad y deber de discernimiento

Un «discernimiento» es, pues, indispensable. No se trata solo de distinguir entre los verdaderos y los falsos profetas, sino entre la enseñanza y la acción del Espíritu Santo, por una parte, y su imitación por los espíritus malignos, por otra. Este discernimiento nos es, en efecto, indispensable para no dejarnos llevar por los seductores, y para responder con sabiduría a los seducidos, que a menudo hacen gala de un intrépido proselitismo.

Nada impide pensar que a lo largo de la historia de la Asamblea ha habido cristianos con un don especial para el bien de la Asamblea, un «discernimiento de espíritus» según [1 Corintios 12](#), y bien podemos pedir que los haya entre nosotros. Sin embargo, cualquiera que sea su propia responsabilidad, los portadores de este carisma no pueden tener exclusivamente el deber de probar todas las cosas y especialmente los espíritus. Esto es asunto de todos, de toda la Asamblea y de cada uno en la Asamblea. Aún más, el apóstol Juan llama especialmente a los «niños pequeños» a ello, en la sencillez de la fe, pero en virtud de que tenían «la unción del Santo» ([1 Juan 2:20-27](#)).

8 - Ser hijos de Dios

Es en estos puntos donde debemos insistir. *Solo el Espíritu de Dios puede hacernos discernir lo que es del Espíritu de Dios y lo que no lo es.* Por lo tanto, se trata para nosotros de:

1. Haber recibido primero esta unción, y esto es de suma importancia. Es el privilegio exclusivo del hijo de Dios, sellado después de haber creído. Tenemos que recibir el Espíritu Santo, no atormentarnos para buscarlo o pedirlo. El incrédulo no tiene parte ni derecho en este asunto. Leamos [Juan 1:12-13](#), [Efesios 1:13](#). Dios da, nosotros creemos, nosotros recibimos, sin más.

9 - Estar lleno del Espíritu

2. Entonces, ser efectivamente, prácticamente, espirituales. ¿Hasta qué punto permitimos que el Espíritu Santo nos «llene»? Sin embargo, todos somos exhortados a hacerlo (Efe. 5:18). Pablo estaba lleno del Espíritu Santo para confundir al mago Elimas (Hec. 13:9). «El hombre espiritual lo juzga todo» (1 Cor. 2:15), y los corintios, a pesar de no carecer de cualquier carisma (1 Cor. 1:7), incurrieron en el reproche de ser carnales y no espirituales, y de comportarse «como hombres» (3:1-3).

No nos arriesguemos, queridos hermanos y hermanas, y no solo los que son jóvenes en la fe, a discutir irrelevantemente con este o aquel contestatario, sin haber realizado por nosotros mismos, en nosotros, *en el hombre interior*, la acción fuerte pero tranquila en su sabiduría del Espíritu de Dios derramando en nosotros el amor de Dios, vinculándonos a Cristo y a Aquel a quien decimos: «¡Abba, Padre!». El Espíritu que recibimos, si es un espíritu de poder, también lo es de amor y de sensatez, un espíritu no de contención ni de desorden, sino de paz. Tengamos un ojo sencillo, y todo nuestro cuerpo será iluminado, y la luz revelará el error (Efe. 5:7-13). «Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu». Y que dé frutos, entre los que se encuentra el «dominio propio» (Gál. 5:25; comp. Efe. 5:18-21). Su obra interior no puede expresarse con ostentación o extravagancia. Incluso con la Palabra en la mano, recordemos que es la espada del Espíritu, y que nuestras batallas son batallas espirituales; sin el Espíritu, se ha dicho, nos exponemos a manejar peligrosamente la Palabra, como un niño o un borracho lo haría.

10 - El Espíritu Santo glorifica a Jesús

Nunca se insistirá demasiado en que la misión del Espíritu Santo, Espíritu de verdad, Consolador, es, en su alcance general, glorificar a Jesús; entre otras cosas, lo hace comunicando a los suyos lo que toma de Él para anunciárselos, y esto para su gozo y su testimonio (Juan 16:14, 7; 15:26-27). No habla por sí mismo, ni de él mismo. De modo que las pruebas por las que el hombre espiritual se complace en reconocer la presencia y la acción del Espíritu, y por las que detecta, para apartarse de ellas, lo que no es de la verdad, estos criterios están en estrecha relación con la Persona del Señor Jesús. Todo lo que ofende al nombre de Cristo es manifestado por el Espíritu, y cada fruto de la acción del Espíritu en el creyente pone de manifiesto un carácter de Cristo, en contraste con las obras de la carne (Gál. 5:22).

11 - Criterios esenciales

Nos limitaremos a recordar estos saludables criterios en lo que tienen de esencial. Los encontramos especialmente en los escritos de Juan.

1. «Este es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Cualquiera que niega al Hijo, no tiene al Padre; el que confiesa al Hijo, también tiene al Padre». «¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo?» (1 Juan 2:22-23).
2. «En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo» (1 Juan 4:2-3; 2 Juan 9). Todo el cristianismo procede de la encarnación del Hijo de Dios; la obediencia de Jesús, la expiación, la resurrección y la glorificación, solo tienen sentido que si «Dios fue manifestado en carne» (1 Tim. 3:16). Este es un punto central de la fe cristiana (Juan 20:31).
3. «Nosotros (los apóstoles) somos de Dios; el que conoce a Dios, nos escucha; *el que no es de Dios, no nos escucha*. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error» (1 Juan 4:6). Conservar la enseñanza de los apóstoles en su pureza original es conservar el testimonio del Espíritu de verdad, que da testimonio de Cristo (1 Juan 2:24-25).

Pablo, por su parte, enseña a los corintios esta prueba crucial: el *señorío de Jesús* abiertamente confesado. «Nadie, hablando por el Espíritu de Dios dice: Jesús es anatema, y nadie puede decir: Señor Jesús, sino por el Espíritu Santo» (1 Cor. 12:3).

12 - La conformidad con la Escritura

¿Se necesita añadir que cualquier manifestación espiritual no puede ser considerada como procedente del Espíritu de Dios a menos que esté *de acuerdo con las Escrituras*? Ni el razonamiento humano ni las tradiciones ocupan un lugar ante las declaraciones del Espíritu de Dios, registradas en el Libro inspirado. Por ejemplo, una mujer que ora o enseña en una reunión (en contradicción con la enseñanza de 1 Cor. 14:34 o 1 Tim. 2:11) ciertamente no lo hace por el Espíritu Santo. El apóstol seguía orando

a Dios por los colosenses y pidiendo que fueran «lentos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría e inteligencia espiritual», y, viéndolos en peligro de caer presa de los falsos maestros, los exhortaba a caminar *como habían sido enseñados* (Col. 1:9-10; 2:7).

Que así sea con nosotros. Que la voz del Pastor nos sea tan familiar que discernamos enseguida todo lo que sea una disonancia con ella.

MÉ, año 1979 página 69 y siguientes